

## **UN MENSAJE PARA LOS CRISTIANOS**

Hace algunos años que uno de nuestros colaboradores encontró en la internet el artículo en inglés que ya hemos traducido y publicado en otras revistas. Siendo que se trata de un tema que podemos llamar la médula del cristianismo, o sea de la crucifixión del Señor Jesús, sentí en mi corazón el impulso de publicarlo una vez más.

Como lo he hecho siempre, pido una vez más a nuestro Dios que la historia de la crucifixión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, describa detalladamente la perspectiva de un médico, y pueda ayudar a alguno de mis lectores que también profesan conocer y creer en el Señor Jesús, para amarle con la pasión con que Él nos amó, y servirle con intensidad.

### **EL DOCTOR TRUMAN DESCRIBE LA CRUCIFIXIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO**

Traducida por el Pastor E. Valverde, Sr.

#### **El Dr. Truman Davis testifica sobre la crucifixión de Jesucristo nuestro Señor.**

Hace cerca de una década, leyendo el libro titulado: “El Día Cuando Cristo Murió”, por el Rev. Jim Bishop, me di cuenta que durante muchos años había tenido poca atención a la crucifixión del Señor y que había crecido insensible a este acto horroroso, familiarizado en forma sencilla con los relatos bíblicos dolorosos como lo es por lo regular en las vidas de muchos, pero con una distante amistad con nuestro Dios.

La información que leemos en los evangelios ciertamente nos ayudan mucho al respecto, pero siendo que los azotamientos y la crucifixión eran muy comunes en el tiempo en que vivieron los apóstoles, aparentemente los escritores de los evangelios consideraron que no era necesario el dar una descripción detallada. Así que tenemos solamente las palabras concisas diciendo de Pilato: “Y habiendo azotado a Jesús, lo entregó para ser crucificado”.

No intento competir con los teólogos sobre el sufrimiento infinitamente psicológico y espiritual de Dios encarnado, crucificado en expiación por los pecados de los hombres. Pero como médico me propuse investigar los aspectos fisiológicos y anatómicos de la Pasión de nuestro Señor con detalle, preguntándome: ¿Qué fue exactamente lo que sufrió en su cuerpo (que sintió el dolor como cualquier humano) el hombre Jesús de Nazaret durante aquellas horribles horas de tortura?

Esto me provocó primeramente a estudiar la práctica de la crucifixión misma, o sea la tortura y la crucifixión en sí, o sea la tortura y la ejecución en la cruz. En este tema estoy endeudado con muchos que lo han estudiado antes que yo, especialmente con un colega contemporáneo, el Dr. Pierre Barbet, un cirujano francés que ha hecho una investigación histórica y experimental extensa, y ha escrito mucho sobre este tema.

#### **Las diferentes formas de crucifixión de aquel entonces**

Aparentemente los primeros que practicaron la crucifixión fueron los persas. Alejandro y sus generales presentaron esta forma de muerte al mundo del Mediterráneo, a Egipto y a Cartago. Los romanos la aprendieron de los cartagineses, y como otras muchas costumbres más que los romanos adoptaron, refinaron la muerte por crucifixión al grado de perfección obtenida para el tiempo del Señor.

Un número de autores romanos, entre ellos, Livy, Cicer y Tácitus, comentan sobre la crucifixión y sobre las innovaciones, modificaciones y variaciones que son mencionadas en la literatura. Por ejemplo, la porción vertical de la cruz pudiera tener una parte horizontal (el patíbulo) adherido dos o tres pies bajo parte superior en lo que comúnmente se conoce como la cruz latina. Pero el tipo de cruz usada más comúnmente en el tiempo de nuestro Señor era la cruz “tau” que estaba en forma de la letra “T”. En esta cruz el patíbulo

era adherido en una cavidad que estaba localizada a la cumbre de la parte vertical, y hay evidencias arqueológicas que en este tipo de cruz fue crucificado nuestro Señor Jesús.

Sin tener ninguna otra prueba bíblica o histórica, los artistas del Renacimiento y de la Edad Media, nos han dejado pinturas enseñando a Cristo cargando la cruz entera. Pero la parte vertical generalmente ya está ubicada permanentemente en la tierra en el sitio de la crucifixión, y el condenado era forzado a cargar el pedazo de madera o palo desde la prisión hasta el lugar de la ejecución, el cual normalmente pesaba como unas 110 libras.

Muchos de los artistas, y la mayoría de los escultores de la crucifixión, también enseñan que las estacas (o gruesos clavos de madera), fueron clavadas en las palmas de las manos. Algunos archivos de la historia romana y otras investigaciones, han establecido que los clavos eran hincados entre los huesos pequeños de las muñecas (el radial y el ulna) y no por las palmas.

Y esto lo hacían por razón de que los clavos hincados no iban a aguantar el peso del cuerpo, y éstas se iban a desgarrar hacia abajo. Este concepto erróneo vino probablemente de una interpretación incorrecta de las palabras del Señor a Tomás cuando dijo: “Mira mis manos”. Los anatomistas antiguos y modernos han considerado siempre la muñeca como parte integrante de la mano.

### **Descripción del sudor de sangre y el tormento de los azotes**

Un título o pequeño letrero describiendo el crimen de la víctima era por lo regular puesto en un cayado, llevado al frente por la procesión que venía de la prisión, y después clavado arriba de la cruz para que se extendiera arriba de la cabeza. Este letrero con el cayado clavado en la parte superior de la cruz, le daba en cierta forma las características de la cruz Latina.

Pero ciertamente que la pasión de Cristo principió desde el Getsemaní. De los muchos aspectos de su sufrimiento inicial el de mayor interés fisiológico es el sudor sangriento. Es interesante el hecho de que Lucas, el médico, es el único que menciona esto cuando dice: “Y estando en agonía, oraba más intensamente, y fue su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Luc. 22:44).

Todos los trucos imaginables han sido usados por los eruditos modernos para tratar de desvirtuar esta descripción, aparentemente bajo la impresión errónea de que esto no puede suceder. Todo ese esfuerzo podría haberse evitado si los incrédulos hubieran consultado la literatura médica. Aunque es muy raro el fenómeno de la Hematridosis, o sea el sudar sangre, está bien documentado.

Bajo un grande estrés del tipo que el Señor sufrió, capilares pequeños que hay en las glándulas sudoríficas se pueden romper, y mezclarse la sangre con el sudor. Este proceso muy bien puede producir una tremenda debilidad, y posiblemente también un ataque cerebral.

Después del arresto de la media noche el Señor Jesús fue traído ante el Sanedrín y ante Caifás, el Sumo Pontífice, y fue aquí en donde el primer trauma físico fue infligido. Un soldado golpeó al Señor en su cara por guardar silencio cuando Caifás lo estaba investigando. Enseguida los guardias del palacio le vendaron sus ojos y burlándose le decían que identificara a cada uno de los que pasaban, escupiendo su cara y abofeteando su rostro.

Muy temprano por la mañana, golpeado, moreteado, deshidratado y exhausto por haber pasado aquella noche sin dormir, Jesús fue llevado al pretorio de la Fortaleza Antonia, el asiento del gobierno del Procurador de Judea, Poncio Pilato. Estamos familiarizados con la acción de Poncio Pilato de pasar la responsabilidad a Herodes Antipas, Tetrarca de Judea. Aparentemente el Señor no sufrió ningún sufrimiento físico en manos de Herodes, y fue regresado a Pilato quien soltó a Barrabás y condenó al Señor Jesús al azotamiento y a la crucifixión.

### **El azotamiento y la crucifixión del Señor**

Hay mucho desacuerdo entre los historiadores sobre el no común azotamiento como prelude de la crucifixión. Los más de los escritores Romanos no asocian las dos cosas. Muchos eruditos creen que originalmente Pilato ordenó que Jesús fuera azotado como un castigo total, y que la sentencia de muerte por crucifixión vino después en respuesta a la multitud quienes acusaban al Procurador de que no estaba defendiendo propiamente a César en contra de este pretendiente que, según ellos, reclamaba ser el Rey de los judíos.

Los preparativos para el azotamiento principió cuando el Prisionero fue desnudado de Sus ropas y Sus manos fueron atadas en el poste arriba de Su cabeza. Está en duda el que los romanos hayan hecho el intento de seguir la ley judía en este caso, pero sí sabían que los judíos tenían la ley antigua que prohibía que se le diera al acuzado más de cuarenta azotes.

El legionario romano pasó adelante con el látigo en sus manos. Este es un látigo corto que consistía en varias lenguas de cuero con dos pequeñas bolas de plomo al final de cada una. Este pesado látigo fue lanzado con toda la fuerza una y otra vez sobre los hombros, la espalda y las piernas del Señor.

Al principio las tiras de cuero del látigo cortaron solamente la piel, mas al continuar los azotes estos hicieron heridas mayores y profundas en los tejidos subcutáneos produciendo primeramente desangramiento de los capilares y venas de la piel, y finalmente una hemorragia arterial abundante al romperse las arterias de los músculos internos.

Las pequeñas bolas de plomo primeramente producen largas y profundas cortadas que subsecuentemente se abren al continuar los azotes. Finalmente la piel de la espalda queda colgando en tiras largas y el área entera se convierte en una masa inconocible de sangrante piel y de carne. Cuando el centurión encargado determina que el reo está por morir, entonces suspende el azotamiento.

Medio desmayado el Señor es desatado y lo dejan que caiga al suelo sobre las piedras del pavimento bañado en su propia sangre. Los soldados romanos hacen burla de este judío provinciano acuzado de que reclama ser el Rey de los judíos. Luego le avientan una bata sobre sus hombros y le ponen un palo en su mano como cetro, y ahora para hacer su burlesca acción completa proponen ponerle una corona hecha con ramas flexibles con grandes espinas que comúnmente se usan como leña.

### **La agonía de los azotes y de la crucifixión**

Al ponerle la corona de espinas presionándola sobre Su cabeza brota aún más sangre, pues el cuero cabelludo es una de las áreas del cuerpo donde hay más vasos capilares. Después de burlarse de Él y de golpearle en Su cara, los soldados romanos toman el palo de Su mano y le pegan en la cabeza hundiendo aún más las espinas en Su frente y en Sus sienas.

Al final ya cansados de su deporte sadístico le quitan la bata de Su espalda la cual para este tiempo, con la sangre y el suero ya se había pegado en las heridas. Al quitársela, esto le causó un profundo dolor así como sucede cuando es quitado violentamente y sin consideración un vendaje de cirugía. Ese dolor lo hizo sentir como si siguieran azotándolo, y volvió otra vez a brotar la sangre.

En consideración de una costumbre judía los soldados romanos devuelven Sus ropas. Ahora el pesado patíbulo de la cruz es amarrado sobre Sus hombros y la procesión del Cristo condenado a muerte integrada por los dos ladrones y el equipo de soldados de la ejecución encabezada por un cinturión, inician su lenta jornada por la ruta ahora llamada La Vía Dolorosa.

A pesar de Sus esfuerzos por caminar erecto, el peso de la viga de madera juntamente con el choque producido por la copiosa pérdida de sangre, es demasiado y se tropieza y cae. La áspera madera de la viga penetra en Su piel ya lacerada y en los músculos de Sus hombros. Al caer otra vez trata de levantarse pero Sus fuerzas humanas han sido empujadas más de lo que puede resistir.

El Centurión, ansioso por continuar con la crucifixión selecciona a un espectador Norte-Africano, fuerte, llamado Simón Cirenéo para que cargue la cruz. El Señor se levanta y le sigue sangrando aun

profusamente, y sudando el sudor frío y húmedo producido por el choque del dolor. Y así completó la jornada de 590 metros que había entre la Fortaleza Antonia y el Gólgota.

Le ofrecen que tome cierto vino mezclado con mirra que produce un cedante liviano, mas Él se rehusó tomar. A Simón le han ahora ordenado que ponga el patíbulo en la tierra, y el Señor Jesús fue empujado hacia atrás repentinamente poniendo Sus hombros contra el madero.

Ahora el legionario, habiendo buscado la depresión en la parte de enfrente de la muñeca hunde allí un grueso clavo cuadrado de hierro que traspasa la muñeca y se clava profundamente en la madera.

### **Las palabras del Señor en la cruz**

Después de haber clavado una mano del Señor, el soldado Romano se mueve rápidamente al otro lado de su cuerpo tirado sobre el madero y repite la misma acción teniendo cuidado de no jalar las manos, procurando que quede cierta flexibilidad y movimiento. El patíbulo es entonces levantado verticalmente, y el título que dice: “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS”, es entonces clavado.

Su pie izquierdo es ahora presionado sobre su pie derecho, y con los pies extendidos con los dedos hacia abajo un clavo es hincado en medio del arco de ambos dejando las rodillas un poco flexibles. Ahora la víctima está crucificada. Cuando Su cuerpo empieza a aflojarse con más peso colgando ahora de los clavos en Sus muñecas, un horrible e insoportable dolor corre de sus dedos hasta sus brazos, explotando en Su cerebro.

Los clavos en sus muñecas están poniendo presión en los nervios medianos. Cuando se empuja hacia arriba para evadir ese tormento, pone todo el peso de Su cuerpo sobre el clavo que atraviesa Sus pies. Al hacer tal movimiento le produce otra penetrante agonía producida por el clavo rompiendo los nervios en medio de los huesos metatarsos de los pies.

A este punto, con los brazos ya fatigados, grandes olas de calambres invaden Sus músculos anudándolos y produciendo un profundo e incesante dolor. Con esos calambres viene la inhabilidad de poder empujarse hacia arriba. Colgando de sus brazos, los músculos pectorales están paralizados y los músculos intercostales ya no pueden reaccionar. Puede inhalar aire a sus pulmones, pero ya no puede exhalar.

El Señor pelea para poder levantar su cuerpo a fin de poder tomar un corto respiro. Finalmente el dióxido de carbono se acumula en sus pulmones y en la corriente de la sangre, y los calambres menguan parcialmente. Su cuerpo temblando, lo sigue forzando para alcanzar a veces a exhalar y poder inhalar el oxígeno que da vida. Fue sin duda durante esos períodos cuando exclamó las siete cortas sentencias que encontramos descritas en la Biblia:

La primera, viendo hacia abajo a los soldados echando suerte sobre su túnica sin costura, dijo: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. La segunda, al ladrón arrepentido: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Y la tercera, viendo al aterrorizado y afligido Juan, el apóstol amado que era el menor de todos los discípulos le dice: “He aquí, tu madre”, y luego mirando a María le dice: “Mujer, he aquí a tu hijo”.

### **Las últimas palabras, y la muerte del Señor Jesús**

La cuarta exclamación del Señor es lo escrito al principio del Salmo 22: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?” Horas de infinito dolor, ciclos de tansiones, calambres que rompieron las coyunturas, asfixia parcial e intermitente. Un dolor insoportable donde los tejidos son rotos de su espalda lacerada cuando trata de moverse de arriba hacia abajo sobre el rasposo madero.

Luego comienza otra agonía. Un terrible, aplastante y profundo dolor en Su pecho cuando el pericarpio (que es la membrana donde se aloja el corazón) lentamente se llena con agua-suero y comienza a comprimir el corazón. Uno recuerda la profecía en el Salmo 22:14: “Heme escurrido como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón fue como cera, desliéndose en medio de mis entrañas”.

A esta hora ya está por terminar el proceso de Su sacrificio. Los líquidos de los tejidos han llegado a un nivel crítico, y el corazón comprimido se está forzando para bombear sangre gruesa, pesada, hacia los tejidos. Los torturados pulmones están haciendo un esfuerzo desesperado para respirar cuando menos un poco de aire. Los tejidos deshidratados envían un torrente de estímulo al cerebro.

Una esponja saturada de vino barato y amargo, que es una bebida común entre los legionarios romanos, es ofrecida a Sus labios; pero aparentemente no toma el líquido. El cuerpo del Señor Jesús está ahora al extremo de la agonía y Él puede sentir el frío de la muerte cubriendo Sus tejidos. Esta realización lo provoca a exclamar la sexta palabra posiblemente pronunciada en un semiaudible susurro torturado: “¿Consumado es!”

Su misión de expiación por los pecados de la humanidad ha sido cumplida, y finalmente puede permitir ahora que termine la vida de su cuerpo humano. Con el último hálito de vida, con grande sacrificio endereza una vez más su cuerpo sobre Sus pies rotos en contra del clavo, estira sus piernas haciendo un esfuerzo supremo sobre el dolor, y logrando alcanzar un último y profundo respiro exclama: “¡Padre! ¡En Tus manos encomiendo mi espíritu!”

La misión expiatoria ya había sido cumplida por nuestro Señor Jesucristo con Su muerte en la cruz, y lo que continúa ya está en nuestro conocimiento por el relato de los Evangelios. Para que no fuera profanado el Sábado, la ley entre los Judíos era entonces que los cuerpos de los criminales que aún estaban vivos, fueran muertos y removidos de la cruz.

### **Los huesos del Señor Jesús no son quebrados**

El método común que se usaba para terminar la crucifixión era la crurifectura, o sea el quebrar los huesos de las piernas. Esto prevenía a la víctima el que pudiera empujar su cuerpo hacia arriba, provocando así en el crucificado una tensión que impedía el que los músculos del pecho se relajaran, esto producía una asfixia rápida en la víctima.

Los huesos de las piernas de los dos ladrones fueron quebrado, pero cuando llegaron con el Señor Jesús vieron que ya no era necesario por cuanto su cuerpo ya estaba inerte. Y esto fue hecho así “para que se cumpliera la Escritura: Hueso no quebrantaréis de él” (Juan 19:36). Aparentemente para estar bien seguros de que ya Él estaba muerto, el legionario metió su lanza por el quinto interespacio en medio de las costillas hacia arriba, traspasando el pericardio y el corazón.

En el evangelio de Juan (19:34) se reporta: “Y luego salió sangre y agua” o sea que fue un escape del líquido de la bolsa que forra el corazón, confirmando el hecho de que nuestro Señor Jesucristo no murió la muerte usual de crucifixión por asfixia, sino que murió cuando su corazón falló (un ataque cardíaco) debido al choque y contracción del corazón por el líquido del pericardio.

Así tenemos una idea más clara, incluyendo la evidencia médica, del tremendo sacrificio pagado por el Señor Jesús en la cruz. Un epítome de maldad que el hombre ha cometido contra “el Hijo del Hombre” y contra Dios. Esta descripción es un asomo más profundo y terrible capaz de dejarnos deprimidos y meditando en una forma como es posible que muchos cristianos no habían nunca meditado.

Esto debe hacernos pensar en lo agradecidos que debemos de estar todos y cada uno de los que profesamos ser dueños de la salvación por la fe en el Crucificado. Esto debe de hacernos pensar más profundamente en la grande misericordia de Dios hacia el hombre, primeramente por el milagro de la expiación y luego por la maravilla de Su resurrección en el “primer día de la semana”.

Pues es la resurrección del Señor la que nos asegura a Sus creyentes de la promesa de Su Segunda Venida, y la maravillosa esperanza de la “resurrección de vida” (Juan 5:29) de Sus fieles seguidores y servidores.

(Nota del traductor: Si esta dolorosa descripción del sacrificio del Señor dada del punto de vista de un médico te ha detenido a pensar más en serio en servir a Dios, estamos para ayudarte en todo lo que nos fuere posible).